

La cripta de los templarios herejes

ANTONIO GALERA GRACIA

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2006, Antonio Galera

© 2006, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Tuset, 3 2º - 08006 Barcelona

www.styria.es

Primera edición: abril de 2006

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

ISBN: 84-934731-6-2

Depósito Legal: B-3.518-2006

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Maquetación: MEDIA-CIRCUS

Impresión y encuadernación: Industria Gráfica Domingo S.A.

Impreso en España – Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo	11
1.	13
2.	21
3.	29
4.	37
5.	45
6.	59
7.	69
8.	83
9.	99
10.	105
11.	111
12.	121
13.	133
14.	139
15.	145
16.	157
17.	163
18.	169
19.	179
20.	189
21.	195
22.	205

23.	215
24.	223
25.	231
26.	239
27.	247
28.	257
29.	265
30.	273
Epílogo	281
Anexo	283

*A mis nietos, Ana, Víctor y Antonio José.
Los tres fueron llegando a este mundo cuando
más los necesitaba.*

PRÓLOGO

Periódicamente salen al mercado, oleadas de libros que tratan el tema de los templarios.

Tema siempre fascinante, que tiene en sí mismo un áurea de misterio que lo hace siempre muy atractivo para todo aquel que se aproxima a él, aun cuando no sea la primera vez.

En esta ocasión el autor nos presenta un problema actual: el hallazgo de una pieza de mármol que contiene caracteres intraducibles y que le llega por su bien ganada fama, tanto por sus conocimientos históricos, como por ser un hombre íntegro y dedicado.

Con trazos cortos y suaves nos recuerda parte del mundo que conformó aquel entramado de intereses y deseos, de ilusiones y de ilusos, entregados a su salvación eterna, bien mandando o sencillamente cumpliendo órdenes del superior, tema siempre tan actual, situaciones de hoy y de siempre.

Toda una serie de peripecias que entretienen al lector de inicio a fin y cumplen el principio de enseñar deleitando.

La lectura, que se realiza de un tirón, engancha de tal modo, que el lector está ansioso por saber como saldrá el protagonista de la situación en la que él mismo se ha colocado.

El desenlace aparece con toda simplicidad, con sentido común, dejando al lector con un sabor de boca muy agradable, por inesperado y plausible.

Joaquín Villarroya

1

Cuando sonó el teléfono móvil, Ricardo Mendoza se sobresaltó. Estaba en aquel momento intentando descifrar una especie de acertijo medieval que había descubierto en uno de los innumerables documentos que estaba catalogando y numerando para que le fuese en lo sucesivo más fácil su localización, y lo que menos esperaba, desde luego, era oír el canto musical de un móvil que en escasas ocasiones podía lucir el sonido «Mozart 40», que él mismo había elegido como el más conveniente para llamar su atención.

Dejó el documento cuidadosamente sobre la mesa del despacho, tomó el menudo teléfono, buscó el icono de descolgar, lo pulsó, y, seguidamente, consultó:

—¿Quién es?

—¿Es el 639005825? —preguntó su interlocutor.

—Sí —contestó.

—¿Don Ricardo Mendoza?

—Sí —volvió a responder.

—Señor Mendoza —declaró la voz que hablaba desde el otro lado del repetidor telefónico—, tengo un asunto que puede interesarle...

—¿Quién es usted? —preguntó Ricardo, creyendo que quien se dirigía a él era alguno de esos comerciales que de vez en cuando le formulaban sus ofertas por teléfono, disfrazándolas siempre de gangas irrechazables.

—Soy don Fernando García Escudero. No nos conocemos, pero estoy seguro que usted habrá oído hablar de mí en algún momento... y espero que bien.

El hecho que el individuo que estaba al otro lado del teléfono se hubiese honrado a sí mismo con un *don* antepuesto al nombre, daba a entender que era una persona importante o, cuando menos, acostumbrada a ser tratada con excesivo respeto. Personas hay que por su posición en la vida, ya sea de poder, riqueza, jerarquía o fama, de tanto ser llamados de *don*, llegan a creer que su verdadero nombre es DON fulano de tal y tal.

De todas formas, por más que Ricardo se ovillaba los sesos pensando dónde o cuándo podría haber oído hablar de aquella persona, tuvo que llegar a la conclusión, después de pensarlo durante unos breves segundos, que nada sabía ni aun conocía acerca de su interlocutor. Aunque esto no era raro en él, ya que su mente, consagrada en todo momento al trabajo intelectual y abstraída en desvelar retales de la historia, sobre todo de la historia de la Edad Media, había llegado a ser como esos desiertos que a fuerza de no experimentar nunca la frescura de la lluvia, se olvidan enteramente de ella y viven, florecen y medran sin más agua que la que perciben de la frigididad de la noche.

No obstante, el hecho que su interlocutor le ofreciera, sin conocerle, un asunto que al parecer era muy importante, le puso en guardia. Durante su larga andadura por la vida, Ricardo había llegado a saber que nadie daba euros por céntimos. No era la primera vez, ni sería la última, que alguien le llamaba o escribía con objeto de obtener de él datos históricos poco conocidos para redactar con ellos artículos, principiar alguna tesis doctoral, o para argumentar libros de temas históricos, sin que los solicitantes tuviesen luego la decencia de dar a conocer, en nota al margen, las fuentes de procedencia. Esta contrariedad le llevó a ocultarse, desde entonces, en el poco conocido pero muy beneficioso, síndrome de Proteo. Síndrome éste derivado de aquella divinidad marina que habiendo recibido el don de la profecía cambiaba de forma para librarse de los curiosos e interesados que, si lograban atarle de pies y manos, podían obligarle a revelar datos del pasado y del futuro, y secretos escondidos. Y este era, precisamente, y desde que descubrió la ingratitud de la mayoría de sus solicitantes, el fin de Ricardo Mendoza, el de no dejarse engañar por quienes,

con propósito de sonsacarle, le escribían o llamaban por teléfono con la intención egoísta de obtener de él fácilmente esos datos históricos que tanto trabajo, desvelos, y a veces gravosos viajes le había costado conseguir en archivos históricos, bibliotecas y diócesis eclesiásticas de toda Europa.

Adoptando, pues, la personalidad de Proteo, y protegiéndose así para que la persona que había al otro lado del teléfono no pudiera en ningún momento atarle de pies y manos y conseguir con ello sus cicateras intenciones, en caso de ser uno de esos escritores que suelen aprovecharse del trabajo de otros en beneficio propio, Ricardo Mendoza, enderezando el pequeño móvil que todavía seguía manteniendo contra su oreja derecha, declaró:

—Supongo que habré oído hablar de usted en algún momento, don Fernando —apuntó, recalcando el *don*—, pero perdone si le digo que en este instante no recuerdo dónde. De tanto trabajar, mi cabeza está como esos discos duros de los ordenadores que llegado el momento de su capacidad se colman de datos y ya, desde ese mismo instante, no admiten más cuestiones y les cuesta mucho trabajo recordar las que le son solicitadas por el usuario. No obstante, si usted me ayudara...

—¡Claro que sí! Soy el dueño de los almacenes El Paraíso; una cadena de establecimientos que están presentes en todas las ciudades de España, Francia, Reino Unido, Alemania, Suecia, Holanda y Noruega. Supongo que del nombre de mi firma sí que habrá oído usted hablar, ¿no?

Ricardo Mendoza quedó petrificado. Si aquel personaje era en verdad quien decía ser, estaba hablando con uno de los hombres más ricos del mundo, quizás sólo ganado por Bill Gates, Warrent Buffet, Karl Albrecht, el príncipe Alwalled Bin Talal Alclud... y algunos más, pero estando muy por encima incluso del magnate mejicano Carlos Slim.

—Ahora me hago cargo de quién es usted, don Fernando —contestó Ricardo Mendoza, todavía sorprendido y acentuando ya un poco menos el *don*—. De lo que no puedo hacerme cargo es de lo que una

persona tan importante como usted puede pretender de alguien tan modesto como yo. Decía usted antes que tenía un asunto que podía interesarme, ¿qué asunto es ése?

—Es algo que está relacionado con la historia. Pero me gustaría, siempre que usted esté de acuerdo, hablar de ello personalmente. El día 25 de este mes, o sea pasado mañana, tendré que estar cuatro días por asuntos de negocios en su ciudad, si su agenda se lo permite podríamos comer juntos en el restaurante del hotel NH, que es donde yo me voy a hospedar. ¿Qué tal le viene?

—Pues, la verdad es que no me viene mal. ¿A qué hora?

—¿Sobre las tres?

—De acuerdo, allí estaré.

—Gracias. Hasta entonces.

—No hay de qué.

Ricardo Mendoza buscó ahora el icono de colgar, lo pulsó, y seguidamente dejó el pequeño teléfono sobre la mesa, junto al calendario que diariamente le ayudaba a saber en qué día del mes se encontraba, y donde anotaba también, para recordarlo, las pocas citas que últimamente mantenía. Era lunes, 22 de marzo. Pasó tres hojas hasta llegar al día 25, en cuyo día se celebraba la Anunciación del Señor y San Dimas, y allí, al margen, anotó lo siguiente: «Comida con don Fernando García Escudero. Tres de la tarde. Restaurante del hotel NH».

Cuando Ricardo Mendoza dejó el bolígrafo sobre el canal reposa plumas del ya desusado tintero de cristal que desde muy joven había conservado con el cariño y la devoción que todo amante manifiesta ante los utensilios antiguos, comenzó a pensar sobre la extraña llamada que había recibido. ¿De qué podría tratarse? ¿Por qué un hombre tan rico como don Fernando recurría a él? ¿Qué sería aquello que tanto podría interesarle? Muchas preguntas acudieron a su mente, y ninguna de ellas pudo alcanzar su adecuada contestación. Lo único que sí veía con manifiesta claridad era que dicho asunto estaba relacionado con la historia. Y si un hombre tan importante como don Fernando García Escudero recurría a él, era porque estaba dispuesto a encomendarle algún servicio relacionado directamente con objetos

o documentos antiguos. Esta especulación contentó considerablemente el ánimo últimamente preocupado de Ricardo Mendoza, porque si el multimillonario se dirigía a él con la intención de encargarle alguna clase de trabajo, llegaba en el momento más necesitado de su vida. Todos sus ahorros se habían diluido en los continuos viajes que había realizado con ánimo de buscar nuevos documentos.

Cuántas venturas, cuánto placer le había proporcionado su quehacer diario, sus investigaciones... pero qué poco beneficio había obtenido por sus desvelos, por sus continuos viajes a los diversos archivos de toda Europa... La pobreza es sin duda el pago que los idealistas han de sufrir por trabajar sin descanso, más por placer que por ánimo de lucro. Pero hay una verdad que nadie niega, y es que el día que los idealistas falten, el mundo dejará de evolucionar, porque sin estas personas que trabajan durante toda su vida en un pequeño rincón de su casa, investigando, escribiendo, buscando, esclareciendo... en definitiva, haciendo un trabajo caro y pesado, cuya labor lleva semanas, meses y, a veces, años, nuestro mundo estaría en este momento más allá de la Edad de Piedra. De ahí nace aquella frase que dice: «Los idealistas construyen castillos en el aire y los materialistas se apropian de ellos y cobran el alquiler».

Más de una docena de libros sobre temas históricos y órdenes de caballería habían sido escritos ya por Ricardo Mendoza, y a pesar de existir un contrato en donde se estipulaba claramente que el escritor debía percibir un tanto por ciento por su trabajo, ninguna de las tres editoriales que usualmente publicaban sus obras, llegaron nunca a respetar esta cláusula. Todas terminaron al final, y después de haberle dado algunos adelantos monetarios, pagándole el resto en libros. Esta irregularidad hizo que Ricardo Mendoza tuviese que contratar un dominio en Internet para ofrecer sus obras mediante una página web que él mismo tuvo que diseñar. Pero incluso este acto le había costado el dinero, ya que, y como suelen hacer las personas que piensan más en ofrecer que en recibir, enviaba los pedidos contra reembolso y sin cobrar por ello ninguna clase de gastos de envío. Y cualquiera que

haya enviado alguna vez un libro, por pequeño que éste haya sido, certificado y contra reembolso, sabrá a la perfección los gastos tan considerables que esta clase de envíos tienen que soportar.

Quizás ahora la suerte de Ricardo Mendoza podría cambiar. Porque si un señor tan rico como don Fernando García Escudero le había llamado para ofrecerle un asunto histórico, tal vez alguna inscripción antigua que este hombre deseara desenmarañar, era porque estaba dispuesto a pagar con largueza el tiempo que a este asunto se le pudiera dedicar. Y una persona tan rica como don Fernando García, por conseguir un capricho, estaría dispuesta a pagar con largueza y generosidad.

El historiador pensó entonces en cuanta semejanza podría haber entre la llamada telefónica que acababa de recibir y el advenimiento de San Dimas, fiesta que se celebraba el 25 de marzo, precisamente el mismo día en que ambos hombres habían quedado citados para hablar.

Dimas era un ladrón de poca monta que, a pesar de todas sus transgresiones, gozaba de un alma noble y de un corazón desinteresado. Hombre misericordioso por excelencia, defendió a Jesús de los insultos del otro ladrón, diciendo: «¿Ni tú que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo por nuestros delitos; pero éste nada malo ha hecho...». Y entonces Jesús, volviendo la cabeza hacia su derecha, le dijo: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso...».

Esta reflexión vino a la mente de Ricardo Mendoza porque, de alguna forma, también él sentía en su interior ser un ladrón. Como San Dimas, gozaba de un alma limpia y de un corazón desinteresado, pero el haber gastado todos sus ahorros en sus frecuentes viajes, le estaba pesando como un molesto lastre que llevase atado a su cuello, a su cuerpo y a sus pies. El hecho de que su mujer, aquejada de una grave enfermedad, cuya cura era casi imposible, se encontrara sufriendo también las carencias que él, y solo él, había provocado con sus egoístas caprichos, cargaba su conciencia de responsabilidad y de amargura. Por ello, la llamada que el historiador acababa de recibir,

había asentado en su decaído ánimo un atisbo de esperanza. Era como si su interlocutor le hubiera dicho: «En verdad te digo que a partir del día 25 estarás conmigo en el Paraíso...».